

## ARTICULO XV.

¿Dónde reside la soberanía?—Libertad, igualdad, fraternidad.

Antes de contestar á la última carta que me dirige el Sr. Castelar *con el propósito firme de no volver á replicarme*, tengo que sincerarme de un cargo grave que me ha hecho, asegurando *bajo su palabra*, que yo, autor de un libro, estaba en contradicción con los artículos que en defensa del partido moderado publico actualmente en *El Estado*. Yo aseguré al Sr. Castelar que esto no era verdad. Esperaba que en seguida probase su aserto con el texto; pero en vez de hacerlo así, el Sr. Castelar, sin aducir ninguna prueba, insiste hoy en su inexactitud, diciendo:

«No creo, Sr. Campoamor, que sea un arma vedada el poner á un escritor en contradicción consigo mismo. Al contrario, es un arma muy usada en toda controversia, porque si yo, para derrotar á Vd., me apoyo en Vd., le desarmo, y encuentro auxiliares en su mismo campo. Y mi gran auxiliar contra Vd. es *El Personalismo*. Ó reniegue Vd. de su política, ó reniegue Vd. de su filosofía. La filosofía y la política de Vd. no pueden hermanarse, no pueden unirse.»

Como yo detesto, lo mismo en filosofía que en política, toda clase de abjuraciones, toda clase de deserciones, ó,

como ahora se dice, todo *resellamiento*, necesito convencer á mis lectores, para que crean en la sinceridad y fuerza de mis opiniones, que lo que asegura el Sr. Castelar no es cierto, y como prueba de ello inserto íntegro el capítulo en que, en el libro de filosofía á que alude el Sr. Castelar, se resume la política *personalista*.

### ¿DÓNDE RESIDE LA SOBERANÍA?

La soberanía fundada exclusivamente en el derecho divino, que no es más que el prestigio de la tradición, es una usurpación de todo lo individual, de todo lo inteligente, de todo lo divino. Es una abdicación de la libertad, una protesta contra el libre albedrío, una negación de la personalidad; es detestar contra el objeto de la *naturaleza*, es dejar inútil la obra de Dios.

Por otra parte, esta *barbarie de arriba*, legalizada en cierto modo por el consentimiento de nuestros antepasados, es ménos feroz, ménos ciega, ménos desconcertada que la soberanía emanada del sufragio universal ilimitado, de esa *barbarie de abajo*.

La soberanía de la democracia tiene por base el sufragio ilimitado, el voto universal, que es rebajar el pueblo á la plebe, ó subir la plebe á pueblo; es entregar la propiedad á las gentes sin hogar, es degradar la inteligencia hasta la imbecilidad, es rebajar una escala en el reino natural al reino humano.

Para nosotros, donde se extingue el postrer rasgo del carácter de la personalidad, donde se apaga el último rayo del sol de la cultura, concluye la aptitud para ejercer derechos.

Los demócratas sin duda por una expansión de mal entendida benevolencia, se empeñan en suponer razon en

todos aquellos para quienes la bibliografía es una ociosidad y el pensamiento una carga.

Nuestra soberanía empieza en la aurora de la inteligencia, en el principio de la ascension de las almas hácia un infinito *positivo*. Proclamar la universalidad del sufragio, es empeñarse en suponer luz en la noche del pensamiento, es querer elevar á verdad el infinito *negativo*.

Los demócratas nos quieren hacer á todos iguales ante la *ley*, truncando el sentido de este principio antiguo que sólo quiere decir iguales ante la justicia.

¿Sabeis, hijos de la civilizacion, quién es esa plebe, ese vulgo, al cual quieren dar los mismos derechos que á vosotros, que á la mesocrácia, que al verdadero pueblo que es la centésima parte de la poblacion, depositaria de todas las tradiciones elevadas, contemporánea de todas las edades, que discute diariamente con todos los sábios del mundo, que es la poseedora, y por lo tanto la única y legal administradora de su riqueza, de su propiedad y de su industria? Pues esa plebe, ese vulgo es el mismo que en Esparta se llamaba siervo, esclavo en Atenas, en Roma y en la Edad Media; es el mismo proletarismo que la mesocrácia moderna como una consecuencia de su ilustracion, como una emanacion de su carácter, lo ha elevado á *persona*, siendo así que la antigüedad, en todos los siglos y civilizaciones, sin escepcion de monarquías ni repúblicas, únicamente lo ha considerado como *cosa*.

En la especie humana, todo lo que no es inteligente es una especie de sub-género.

La universalidad del sufragio es constituir en directores del Estado el idiotismo y la inercia de la demagogía, que, como el plomo hácia la tierra, gravita hácia la barbarie.

El sufragio universal es sepultar el espíritu bajo el peso de la carne; es sustituir á un público noble por su personalidad, por un número de entidades anónimas; es la mutilacion del pueblo que lee, que escribe, que piensa y juzga;

es la hecatombe de todas las aristocracias conquistadas con el trabajo, con la virtud y con la inteligencia.

Nosotros excluimos de la confeccion de las leyes á todos los huérfanos de la inteligencia, y eso que sabemos, tal vez mucho mejor que los utopistas sociales, que nuestro deber es trabajar, y trabajar incesantemente, hasta elevar á la personalidad á esa especie de transfiguracion moral, á la pobre plebe que trabaja y sufre. Pero en vez de sacarla del fondo de su noche, produciendo eclipses en el sol de la civilizacion, preferimos llevar á sus antros la luz, y con la luz el derecho. Queremos que la inteligencia se ponga al servicio de la ignorancia; lo que no podemos autorizar es que la ignorancia tenga los mismos fueros que la inteligencia. Lo que de arriba abajo puede ser *rocío*, de abajo arriba se convierte en *cieno*.

Resumiendo: «El hombre es tanto más hombre cuanto más piensa.»—En consecuencia, esas tres palabras de *libertad, igualdad y fraternidad*, tan en moda hace algun tiempo, son tres palabras adorables, que por ser mal entendidas van significando tres abominaciones. Por eso es menester explicarlas. Acometamos de frente esta ciudadela del error, donde se parapetan los pseudo-filántropos, los falsos patriotas y los mentidos liberales, y rompamos esa bandera donde están escritas las palabras *libertad, igualdad, fraternidad*; consigna que desde la Revolucion francesa está siendo la enseñanza de una *libertad* que es la más soez de las tiranías; de una *igualdad* que es una hedionda mezcolanza, y de una *fraternidad* que es la apoteosis del cainismo.

Yo quiero la *libertad* gradual y absoluta de todo lo inteligente, de todo lo *personal*. ¿Nacen entre los posos sociales Cincinato, Jimenez de Cisneros ó Campomanes? Pues abridles paso para que asciendan á la superficie, ó por mejor decir, no os molesteis en hacerles lugar, pues ellos subirán, á pesar vuestro, llámese el Estado república, despo-

tismo ó monarquía. Con respecto á la libertad, sin más que no tomándose la molestia de tiranizar, trabajo que nadie se toma, porque es demasiado incómodo, inverosímil y anti-natural, la libertad gradual y absoluta de todo lo inteligente, de todo lo personal, es un hecho instintivo, espontáneo, universal. Cada uno, segun su *capacidad*, asciende, á veces lenta, pero siempre irremediamente, hasta subir al grado del termómetro social donde se halla la region atmosférica en que cada naturaleza es viable. De este modo, las personalidades, segun el mayor ó menor grado de inteligencia, se van colocando por capas en todo ese trayecto del termómetro social, en toda esa escala del *infinito positivo*. Para esto es la *libertad*, para dejar que se coloque cada uno á la altura de su capacidad. Pero cuando los demócratas subvierten este órden, esta nivelacion, ya aupando artificialmente las capas inferiores ininteligentes y semi-idiotas hasta la region de las clases inteligentes, ya destronando tiránicamente á las clases superiores, sumiéndolas en los antros de la plebe, de esa plebe que por falta de inteligencia toca á veces en los límites de la escala del *infinito negativo*, entonces se nos figura que estamos viendo á algun maligno loquero franqueando las habitaciones de sus bulliciosos educandos, ó á un Don Quijote demente que abre las jaulas para pelear con las fieras.

¡*La igualdad!* Yo quiero la igualdad *legal*; pero nada más que la legal. La igualdad *social* seria un amasijo irrefundible, retrógrado, injustificable y bárbaro. ¿Cómo queréis amalgamar vuestras clases inferiores, de pasiones rudas, de moral exígua y de inteligencia obtusa, con las clases elevadas por la educacion ó la inteligencia, que comprenden la voluptuosidad de la virtud, que gozan con las fantasías de Milton, que admiran el carácter de Sócrates? Y vos mismo, ¿tendríais la indignidad de dejaros tutear por vuestros lacayos, que al dirigiros la palabra os estropean el idioma, que se rien de vuestras civilidades, y que

os calumnian por envidia? Buen remedio, me direis: para que todos seamos iguales en educacion, eduquemos á todos por igual. ¡Inútil remedio! Aunque esa educacion haga trasportar nuestro mundo al quinto cielo, allí la inteligencia tendria sus gerarquías, allí las personalidades serían más ó menos objetivas, estarán más ó menos elevadas en la escala del *infinito* positivo, y vuestra completa igualdad del quinto cielo se trasformará tambien, como la de este mundo, en la más perfecta *desigualdad*.

¡*Fraternidad!* Sí; admito la fraternidad de la virtud. Así como para la gente baja todas las aristocracias son una especie de *hermandades de la costa*, para los aristócratas todos los pobres son unos *hermanos en Cristo*. Cuanto más se personaliza un sér, cuanto más se eleva en virtud, tanto más se desarrolla en él el sentimiento de la fraternidad *evangélica*. Sólo la idea de una fraternidad civil estremece, como el pensamiento de una muerte violenta. Querer asignar en el gran palco escénico del mundo el mismo puesto á nuestro vulgo idiota que á los hermanos por el entendimiento de los Cincinatos, Jimenez de Cisneros y Campomanes, es sustituir lo subjetivo por lo objetivo, el espíritu por la materia, la realidad por la nada; es el *De profundis* de la virtud; es el *descansa en paz* de la inteligencia.

¡*Fraternidad!* Sí; todos somos hermanos, mayores ó menores. La gerarquía del entendimiento marca los grados del parentesco. Por eso dos hombres de muy diferente intelectualidad, no sólo no pueden ser hermanos, sino que los suele unir una afinidad colateral tan escasamente perceptible, que sólo la virtud y nunca la ley la puede llamar *fraternidad*. Así, pues, en vez de degradar á los hermanos mayores, igualándolos con los menores, hagamos á estos menos indignos de emparentar con aquellos; y no identificando las obras de Dios, y no deshonrando lo que más honra nuestra naturaleza, respetemos las aristocracias adquiridas por el valor, por la moral y por la sabiduría, y no

queramos hacerlos hermanos de seres que, como Rómulo, parecen tener cierta especie de relaciones consanguíneas con alguna camada de lobos.

¿Quiero decir con esto que yo soy un aristócrata, como lo entienden los demócratas? No; yo soy un demócrata profundo, radical, absoluto. Yo aspiro á abrir camino, á perfeccionar, á glorificar las obras perfectas de Dios, que son las inteligencias superiores, las personalidades robustas, que, abriéndose paso desde el seno de nuestra madre la naturaleza, se van subjetivizando, se van elevando en la escala del *infinito positivo*, para ser en la tierra el honor de la humanidad y en el cielo la gloria de Dios. Bajo este punto de vista, yo soy un gran demócrata.

¿Quiero decir con esto que yo soy un demócrata á la manera que lo entienden los aristócratas? ¡Dios me libre! Yo soy aristócrata hasta la adoracion. En esa gran obra de racionalizacion del Sér Supremo, en esa escala superior, en que las personalidades se van sobreponiendo unas á otras desde el primer peldaño que ocupa la inteligencia del negro, hasta el escalon último que sirve de escabel á la racionalidad de Platon, yo quemó incienso, yo adoro de rodillas, desde arriba á abajo, á cada uno segun su capacidad, á todas las subjetividades, á todas las personalizaciones; más claro, á todas las inteligencias, desde la admiracion y el respeto que me inspira Platon, hasta el respeto y la lástima que me causa el pobre negro. Pero querer que yo quemé el mismo incienso ante el débil negro que ante el divino Platon, eso sería el asesinato de la inteligencia, igualar lo positivo con lo negativo, convertir el espíritu en materia, sería una descreacion, sería cometer la impiedad de las impiedades. ¡No, no! Mientras que Platon siempre me inspirará admiracion y respeto, un pobre negro sólo me causará respeto y lástima. Bajo este punto de vista, yo soy un gran aristócrata.

Yo bien sé que en las ridículas democracias modernas,

el declararse aristócratas por conviccion es cargar voluntariamente con un sambenito; pero yo desprecio profundamente todas las tontolatrías de la multitud, y deduzco lealmente las consecuencias de mi sistema, declinando con mucho gusto la gloria de ser ni el héroe ni el sábio de la gente ordinaria. En las democracias modernas prefiero las aristocracias tituladas á las democracias sin título, los *santonismos* de todos los partidos á los *advenedizismos* de todas las clases. Admiro las antiguas democracias, á la *espartana*, á la *romana*, á la *inglesa*, con sus clases privilegiadas, sus siervos, sus esclavos y sus proletarios. Amo el progreso continuo, persistente, indefinido, y por eso prefiero en la direccion social á todas las aristocracias, ya sean hereditarias, ya sean adquiridas, á quienes una el lazo comun de la educacion, y que por su elevacion, pasada ó presente, son lo más inteligente, lo más personal que asciende como resultado de la ebullicion de las ideas. No conozco un sólo gobierno aristocrático que no sea enérgico, inteligente y tenáz, mientras que en la historia de la humanidad no hallo un sólo acto de la muchedumbre que no sea ó una extravagancia ó una reprobacion. Las plebes dejan morir en paz á los *Silas* y decapitan á los *Luisés*. Todo plebiscito tiene por resultado, ó la proclamacion de Barrabás ó el ostracismo de Aristides.

Un consejo á los monárquicos:—«Es menester no dar un bozal á quien necesita un derecho.»

Otro consejo á los demócratas:—«Es menester no dar un derecho á quien necesita un bozal.»

## ARTICULO XVI.

Derecho contra el derecho.—Derecho de reunion.—Democracia de los Estados-Unidos.—La democracia y los desiertos de Africa.

Concluyamos.

Pero confieso que voy á concluir furioso con el señor Castelar. Quererme ganar á mí en generosidad, es querer sacarme de tino. El Sr. Castelar es como los niños enredadores de una amiga mia, que asegura que, cuando por la mañana los viste de blanco, por la noche se le aparecen de negro, y que, cuando los viste de negro por la mañana, se le presentan de blanco por la noche. Cuando yo, lleno de una humildad seráfica, he manifestado al Sr. Castelar sentimientos hácia su persona, de respeto sincero á su talento, y de cordialidad íntima hácia su carácter, entonces ha solido hacernos unos retratos en que me presentaba al público desollado como un San Bartolomé: y cuando yo, contra todos los sentimientos de mi corazón, he lanzado contra el Sr. Castelar flechas, cuyas heridas hubiera querido curar hoy con el bálsamo de mis lágrimas, hé aquí que casi me asfixia con el humo de esta incensada:

«Sólo me duele que Vd. pudiera creer que he pretendido ofenderle á sabiendas. Nada más ageno á mi voluntad, nada más lejano de mi carácter. He sentido por Vd. siempre verdadera admiracion. Sé de memoria sus *Fábulas*, he

leído encantado sus *Doloras*, me he reído á todo reír hojeando sus *Semblanzas*, he saboreado aquella filosofía fantástica de *El Personalismo* que se mece entre Fichte y Schelling, al mismo tiempo que los maldice; y cuando Vd. me ha herido con alguno de sus ingeniosos argumentos, le he perdonado la herida en gracia de su gracia.»

Lo dicho, dicho; cuando yo le creía vestido de negro, el Sr. Castelar se me ha aparecido de blanco. Se lo agradezco, pero esto me pone furioso: por eso hoy no pienso ser galante con el Sr. Castelar, porque yo acostumbro á ser generoso con mis adversarios *antes* que ellos, pero me cuesta mucho serlo *despues*.

En esta polémica sólo una cosa hemos llegado á lograr, y és que el Sr. Castelar se haya hecho sábio para discutir, á la manera de la experiencia: la experiencia es un sábio hecho á trompicones. Por fin, en estos últimos artículos el Sr. Castelar ha dejado, con respecto al partido moderado, aquel tono, no del todo pertinente, con que cierto hombre de bien queria aspirar á ser alcalde, sin más objeto que para echar gente á presidio. En este último artículo sólo se contenta con desterrarme á mí á los desiertos de Africa; pero se lo perdono, porque me destierra con buena intencion, con la buena intencion de que no me guillotinen sus amigos.

Voy á contestar á algunos puntos de la carta del señor Castelar, antes de despedirme de él para emprender mi viaje al desierto.

Y sobre todo, no quiero marcharme sin probar primero al Sr. Castelar que su teoría del derecho es profundamente radical, pero profundamente absurda.

¡Qué indeterminacion! ¡Qué anfibologías!—«Queremos, principia el Sr. Castelar, un gobierno que no tenga derecho contra el derecho.»—¡Vuelta á empezar!

Y nosotros los moderados queremos—«unos ciudadanos que no tengan *derecho* contra el *deber*.»

—«Este es el gobierno, continúa el Sr. Castelar, fundado en la naturaleza humana, hijo del pensamiento de todos los grandes filósofos espiritualistas, desde Descartes hasta Krausse.»—

Este es el gobierno, decimos los moderados, no el de que *el gobierno no tiene derecho contra el derecho*, sino el de que *los individuos no tienen derecho contra el deber*; que es signo de la filosofía y de la religión, diga lo que quiera, que no lo dicen así, el escepticismo vergonzante de Descartes y el vergonzante panteísmo del abstrusísimo Krausse.

Si la experiencia no hubiera hecho tan sábio al Sr. Castelar, me atrevería á creer que eso que los demócratas llaman la *noción del derecho*, le es totalmente desconocida. Y si no fuese así, el Sr. Castelar no calumniaría á esos dos caballeros filósofos que precisamente deducen la idea del derecho de la *noción del deber*. El *yo* se reconoce por la limitación del *no yo*: el derecho del *no yo*, se convierte en un deber para el *yo*. Así, pues, esas demagogadas de que *el Estado no tiene derecho contra el derecho*, etc., etc., etc., son armas de dos filos, que así hieren al agresor como al ofendido, y por más que el Sr. Castelar se empeñe en quedarse á la mitad del problema, nunca faltará un moderado que, agarrándole de la oreja, lo arrastre hasta el término de la cuestión, y le conveaza que los derechos de los individuos no pueden ménos de estar limitados por los deberes que impone el Estado. De lo cual se deduce que el derecho del *yo* acaba donde empieza la ley, ó, por mejor decir, el derecho del *no yo*: que nunca hay *derecho* contra el *deber*. Y como este axioma, aunque es verdad, es muy cansado de repetir, concluyo diciendo al Sr. Castelar que esto ha sido, es y será así mientras haya género humano, y aunque se opusieran á ello todos los filósofos del mundo, incluso Descartes, Krausse y Castelar.

¡Y qué cansado me tiene ya la cuestión de la libertad del trabajo! El Sr. Castelar, para quien los sueños de su

imaginación son la historia, se empeña en probarme que los *gremios*, ó sean las asociaciones de artes y oficios, han sido un elemento de progreso. Yo, si el Sr. Castelar me dejara en paz, no tendría inconveniente en concedérselo: las asociaciones gremiales han hecho en su tiempo evidentes servicios á la causa del progreso humano. Pero ¿qué tiene esto que ver con las asociaciones *tumultuarias* que el señor Castelar quiere establecer á la sombra de la libertad del trabajo? ¿Qué afinidad hay entre las pacíficas asociaciones que cita el Sr. Castelar, y esas *francmasonerías* públicas que él quiere reglamentar con sus mandiles, sus martillos, sus juramentos y todo?—«Vd., mi querido amigo, dice el Sr. Castelar, no quiere entender mi libertad de trabajo.»—¡Vaya si la entiendo! Lo que el Sr. Castelar siente es que la entienda tan bien.—«Yo quiero, dice, que la actividad de los trabajadores se *reuna*.»—Entiendo perfectamente que el Sr. Castelar quiera esto, y por lo mismo, y porque lo entiendo perfectamente, quiero yo lo contrario. No quiero que los trabajadores se *reunan* para obligar á los propietarios á que les den el salario que ellos tasan, por no verme obligado á conceder á los propietarios el derecho de que se reúnan también, poniendo la tasa que gusten al salario de los trabajadores. Me opongo terminantemente—«á que las almas místicas, como dice el Sr. Castelar, se *reunan* para alabar á Dios y se absorban en la soledad de lo infinito, y encuentren en el fondo de la naturaleza un consuelo á sus dolores y un descanso á los continuos combates del mundo;»—porque si yo concediera este derecho á los místicos, tendría que concederlo asimismo á todas las sociedades de los *trece* que se quisiesen *reunir* para maldecir de Dios y de los Santos, desconocer toda religión que no sea el culto de los sentidos, y pasarlo lo ménos mal posible en este viaje de la vida, del cual no saben ellos bien ni su conveniencia, ni su principio, ni su objeto.

Ni mucho ménos, como desea el Sr. Castelar, puedo permitir—«que las almas artísticas, como la mia, se reunan para formar un coro de ruiñeños en el *árbol de la vida*....» porque, en primer lugar, los ruiñeños cantan mejor sueltos, y en segundo, porque si yo diese autorizacion á los ruiñeños para que se *reuniesen* sobre el *árbol de la vida*, metáfora que, dicho sea de paso, no entiendo muy bien, desde el mismo pié del árbol de la vida se levantaria un grito pidiendo igual derecho para todas las ranas del estanque inmediato; y no creo que el Sr. Castelar quiera condenar al mundo á estar oyendo la elocuencia de las ranas, que es la elocuencia más incómoda, porque no calla nunca.

El Sr. Castelar quiere oír los ruiñeños, pero no escuchar las ranas; ó suponiéndole imparcial, toleraria con paciencia las ranas por escuchar los ruiñeños; nosotros, por no aguantar á las ranas, no daremos el derecho de cantar asociados, es decir, en son de motin, ni á los mismos ruiñeños.

Esto sí que es tener lógica, Sr. Castelar.

«Yo prefiero, concluye el Sr. Castelar, el *ruido* de las olas, el *ruido* de los vientos, el *ruido* de los bosques, el *ruido* de las cataratas, el *ruido* de los volcanes, el *ruido* de la vida, al silencio, á la paz del vacío y de la muerte.»

Siempre he creído que el Sr. Castelar era aficionado al ruido, pero no tanto. Yo, por el contrario, si no me fuera repugnante la popularidad, por lo que tiene de bajeza, me sería antipática sólo por lo que tiene de ruido: así es que yo no puedo amar la popularidad por la parte que contiene de escándalo. ¿Amar yo el ruido, hasta el de las ranas? ¡Imposible! ¡Primero amaria la paz, hasta la del vacío, que tanto aborrece el Sr. Castelar!

¿Querrán mis lectores creer que aquello de que todo el mundo vá á ser demócrata, no sólo no era una broma del Sr. Castelar, sino que vuelve á repetirlo con toda formali-

dad? Y, para probármelo, pasa una revista al mundo, no diré á vista, pero sí á juicio de pájaro, y comienza exclamando:—«Allá en el Atlántico se levanta un mundo en el cual sólo es posible la libertad: mundo más hermoso que la antigua Europa, preparado por Dios para una nueva idea, para la idea democrática.»—Aquí el Sr. Castelar alude evidentemente á los Estados-Unidos, esa nacion sin Rey ni Roque, y que, segun un escritor, el menor defecto que los Estados-Unidos tienen, es que ni son Estados, ni están unidos. En esta nacion de nacioncillas, es donde dice el Sr. Castelar que sólo es posible la *libertad*, cuando actualmente es el único país del mundo donde sólo es posible la *esclavitud*.—A esto llama el Sr. Castelar escribir historia.

Y sigue diciendo:—«Francia duerme hoy á los piés de un César...» Aguantarse. ¿Y qué derecho tiene el Sr. Castelar á quejarse de los Césares? Sólo los moderados, los que protestamos contra los golpes revolucionarios, tenemos derecho á oponernos á los golpes de Estado; pero no están autorizados para protestar contra los golpes de Estado, los que santifican los golpes revolucionarios. Sólo los que hemos amparado á los pobres pueblos de antes, podemos defender con lógica á los pobrecitos reyes de hoy. El derecho de *insurreccion* contra el poder, supone el derecho de *escamoteo* del poder. Tal es la ley de la consecuencia.

Y continúa diciendo el Sr. Castelar:

—«Inglaterra vé desplomarse poco á poco su antigua aristocrácia....» Cierto. Por eso se vá desplomando poco á poco su antiguo poder.

Y haciéndose las ilusiones de costumbre, el Sr. Castelar concluye de este modo:—«¡Oh! Dentro de poco, si el Sr. Campoamor quiere huir de la democrácia, irá á buscar un asilo á los desiertos de África.»

¡Sí! ¡Sí! ¡Me irá al África, salvaje por naturaleza, el día que la Europa se haga bárbara por error!

Prefero la impolítica de los africanos, á la política de los desalmados.

Ruego al Sr. Castelar que me avise con tiempo, pues quiero irme á un país como el África, donde, si no veo representantes de la virtud del pueblo, al ménos no estaré condenado como él á ver que disputan su puesto al mérito ciertos eternos candidatos á la representacion del crimen.

De todos modos, por mal que me vaya en África, ¿qué puedo ver en ella? A lo más veré lo mismo que en la Europa republicana, que algunos puestos se conquistan por derecho de maldad.

Sé que en el destierro á que me confina el Sr. Castelar, no veré ni soldados ni sacerdotes, ni mujeres vestidas. Pero prefiero todo esto, á ver soldados sin disciplina, sacerdotes sin religion y mujeres sin pudor, porque estos ya es sabido que en las demagogías no obtienen más triunfos que los triunfos del escándalo.

¿Me podrán robar en el desierto, no es verdad? Pero si me roban, y yo puedo, mataré á los ladrones; pero al ménos no tendré que dejar forzosamente impunes hurtos y delitos tan cobardes como los que se cometen en las noches de sedicion.

En los desiertos, se me dirá, no podrás adorar más que á los fetiches. Ya lo sé. ¿Pero no vale más un fetichismo material, que esa vaga idea de Dios de los revolucionarios, que no es más que una poesía de su moral política?

El pueblo, se me volverá á decir, en días de revolucion suele no ser bueno, pero esto es á causa del aguardiente. Pues aunque sea así, es preferible la brutalidad de la ignorancia africana, á la descompostura del espíritu de vino. ¿Que los habitantes del desierto huirian de mí por no hablarme? ¿Y no es esto mejor que ver á la demagogía que, á pesar mio, se abre paso al poder á sangre y fuego?

Los salvajes aman la libertad por la independencia. ¿Y no es esto más racional que amar la libertad por el motin?

¡Adios, que me voy al África! No me digais que allí no encontraré ningun poder organizado: ya lo sé; pero más vale eso, que no que os prepare el Sr. Castelar alguna comision de salvacion pública, que de seguro será una perdicion pública.

Tampoco ignoro que podré ser vasallo de algun tiranuelo rifeño ó tomboctoto; pero este despotismo es más fácil de eludir que las inquisitivas de algun comité de vigilancia, cuyos miembros sean tan arteros, tan frios y tan sanguinarios como Robespierre y sus amigos, verdaderas suegras en delirio.

¿Que en el desierto la razon más frecuente será la punta de una espingarda? ¡Ay! ¿Y cuándo no es lo mismo? ¿Son más morales nuestras revoluciones, que para probar los arranques de su virtud siempre empiezan por abrir las puertas de los presidios?

¡Adios, adios, que me voy al África! ¿Que por qué? me volveis á preguntar, amigos míos. Porque no quiero ver el reinado de la democracia. ¿Os ha jurado el Sr. Castelar que si él gobierna la España algun dia, que no gobernará, no se establecerán más que leyes benignas? Pues entonces me voy más aprisa, como el Sr. Castelar no nos dé antes la seguridad de que en su Código penal ha de haber un artículo en que se recete la pena de metralla. ¡Cómo! ¿El señor Castelar quiere ser de buena fé mandarin, é ignora que hay momentos en que ningun orador, aunque ese orador sea tan bueno como el Sr. Castelar, habla á la muchedumbre con tanta elocuencia como la boca de un cañon?

¡Pobres pueblos de toda mi predileccion y cariño! No creais que yo os culpo por lo que digo; ¡Dios me libre de eso! Sé que sois inocentes porque sois ignorantes. Pero lo mismo les sucede á los salvajes. Y entre ignorantes que se creen idiotas, é ignorantes que se creen filósofos, prefiero á los ignorantes que saben que lo son.

Por consiguiente, antes que presenciar el reinato de los filósofos demócratas que nos asegura el Sr. Castelar, ¡adios, que me voy al África!